

27 En 14 de Agosto llegaron los embajadores á Barcelona, y Colón habia escrito que pensaba hacerse á la vela el 15 inmediato. Por tanto no habia lugar á detener la expedicion, ni lo sufría la necesidad de los españoles dejados en la Navidad, ni la posesion tomada de las regiones occidentales del océano. Asi se les dió á entender, y tambien á su soberano por el protonotario D. Pedro de Ayala, y Garcilopez de Carvajal hermano del cardenal de santa Cruz obispo de Cartagena, enviados á Lisboa con solemne embajada. Negóse el pretenseo derecho de los portugueses á todos los mares y tierras desde las Canarias ácia el sur: porque el tratado de 79, en que lo querian fundar, solo hablaba de las islas ya ocupadas en el océano, y de las partes meridionales contra la costa de África. Así que no era medio igual ni razonable el que proponian, sino el declarado en la bula del pontífice Alejandro, quien habia demarcado el límite divisorio de las navegaciones y conquistas propias de cada potencia. Declaracion conforme á los verdaderos derechos de las partes, pues el que tenia Portugal á las islas de Madera, de los Azores, de Cabo-verde, y demas adyacentes al África, con las costas de ella entre los cabos Bojador y de Buena-esperanza, consistia en la ocupacion y posesion pri-

primera: y ese mismo título tenia España en todo lo situado al oeste de la meridiana pontificia, no menos en el hemisferio austral que en el boreal.

28 Andando estos tratos se efectuó la restitucion de los condados de Rosellon y Cerdania á la corona de Aragon: negocio difícil y de mucho interes que aumentó en gran manera el crédito y reputacion del rey D. Fernando. Como lo supo el de Portugal, desistió de sus cautelas y secretas máquinas, temeroso de romper con un monarca tan pujante y desembarazado. Ni quiso usar del arbitrio que este le habia propuesto, es á saber que se viese y decidiese el asunto por jueces íntegros de ambos reynos, ó en la corte romana. Justamente desconfiaba, ó del éxito del juicio, ó del fruto que pudiera producirle. En especial de Roma tenia poco que esperar, viendo la firmeza del papa en sostener la bula de donacion, á pesar de sus vivas instancias para que se anulase ó reformase. Debiendo pues ceder á la necesidad, tomó el mejor partido de mostrarse fino con los reyes católicos, como que no queria entrar en juicio con sus altezas, sino tratar amigablemente, segun pedian los mútuos vínculos de sangre, amistad y paz. Que enhorabuena les quedase libre su conquista occidental, y se hiciese la division de límites por la meridiana. Empero que

no parecía razonable, fuese reducida la navegacion de los portugueses en el espacioso océano á términos tan angostos, que no pudieran sus navíos extenderse á mas de cien leguas de sus posesiones.

29 Ya sin dificultad se vino á composicion. Juntáronse en Tordesillas Ruy de Sousa, su hijo D. Juan, y Arias de Almada, nuevos embajadores de Portugal, con D. Enrique Enriquez, D. Gutierre de Cárdenas, y el doctor Rodrigo Maldonado, diputados por nuestra corte; y en 7 de Junio de 1494 firmaron el célebre tratado sobre la particion del océano entre ambas potencias. El meridiano divisorio, ó linea de demarcacion, se puso trescientas y setenta leguas al oeste de las islas de Cabo-verde. Salvo si los navegantes españoles hubiesen descubierto tierras menos occidentales hasta 20 del corriente mes, que entonces debería hacerse la division por las doscientas y cincuenta leguas. Mas no llegó este caso. Se habian de medir las leguas, y designar el grado de longitud donde cumplan; y encontrándose tierras en ese término, levantar allí una torre, ó poner mojones al largo de la linea. Para practicar estas operaciones se asentó, que por cada parte se enviarian una ó dos caravelas, todas en conserva, con sus astrónomos, pilotos y marineros: á cuya unánime decision estuviesen los sobe-

ranos y súbditos de ambas coronas, con inhibicion de descubrir y contratar fuera de sus límites; bien que las naves españolas pudieran navegar libremente por los mares de la parte oriental, sin desviarse de sus ordinarias derrotas. Esta capitulacion fué recibida por los secretarios Fernand' Alvarez de Toledo y Esteban Vaz. Confirmáronla el mismo año los reyes católicos en Arévalo á 2 de Julio, y D. Juan II en Setuval á 5 de Setiembre. Nunca se verificó la expedicion de las caravelas, ni una junta de astrónomos y náuticos que en virtud de posterior convenio debia celebrarse en los confines de Portugal y Castilla, para determinar el mejor modo de hacer la demarcacion. Sin embargo quedó firme el tratado, y compuesta una disension que á los principios estuvo á pique de abortar una sangrienta guerra.

30 Tan amargos frutos produce de ordinario la perversa costumbre de tratar con poca sinceridad y franqueza, y de acibarar las negociaciones con actos de hostilidad. Uno y otro vicio descubria la conducta de los portugueses, mayormente los falsos coloridos con que se intentó deslumbrar á nuestra corte por Ruy de Sande, la salida de una caravela á descubrir desde la Madera, y el rumbo de otras tres que en seguida se despacharon, al parecer del puerto de

Lisboa. Escusaron este hecho los mensageros Diez y Pina, diciendo que el que fué de la Madera lo hizo sin orden del gobierno, y para prenderle habia enviado el rey las tres caravelas. Mas todavía quedaban en pie los recelos al tiempo de partir Colón. Por esto se le ordenó atender con singular cuidado á que ningunas naves extranjeras llegasen á nuestros descubrimientos; y si algunas viese en aquellos mares, las tomase, y á las personas diese riguroso castigo. A Fonseca se mandó estar alerta, y en caso que saliese armada de Portugal, aprestar otra doblada para seguir. Quiso Dios apartar los obstáculos que pudieran oponerse á la paz: ni el almirante tuvo encuentro malo en todo el viage, ni mas noticia de naos portuguesas.

31 A los ocho dias de su salida de Cádiz surgió en la gran Canaria. En la Gomera se proveyó de agua, leña y diferentes refrescos, de ganado de cerda, de becerras, cabras, ovejas, gallinas, de varias posturas y simientes de frutales, hortaliza y legumbres. Dió allí á cada nave su derrotero hasta el puerto de la Navidad en pliego cerrado y sellado, prohibiendo abrirlo sino en caso de forzosa separacion, para que nadie sin necesidad tuviese puntual conocimiento de aquellos caminos, ni pudiese comunicarlo á portugueses. El 14 de Octubre, levantadas las an-

clas, y llegado á la isla del Hierro gobernó al oeste con alguna inclinacion al sur. Habiendo navegado por este rumbo cerca de ochocientas leguas viento en popa, mandó amaynar en la tarde del dia 2 de Noviembre, persuadido que habia tierra próxima, segun la variacion de los vientos y el aspecto de la atmosfera.

32 En efecto la siguiente mañana al romper del alba se avistó una isla, que por ser Domingo fué llamada la Dominica. Como se acerca el armada, empiezan á reconocerse otras islas, pobladas todas de frondosos árboles y yerbas muy crecidas, y volando entre ellas multitud de papagayos en bandadas. Costeóse buena parte de la Dominica sin ver puerto cómodo; pero le halló una nave destinada á buscarlo, que otro dia se reunió á la flota, surta ya en la segunda isla que se vió poco distante al norte. Descendió en ella el almirante con mucho acompañamiento, nombróla Marigalante del nombre de la capitana, y tomó posesion en forma de aquel archipiélago por la corona de Castilla. La espesura y variedad de plantas desconocidas, los árboles con sus hojas verdes en tal estacion, y la multitud de frutas silvestres en diversos estados, dieron harto que admirar: señaladamente el laurel aromático, cuya frutilla semeja en el olor y el

sabor al conjunto de nuez moscada, canela y clavo; bien que entonces solo se observó la fragancia de las hojas.

33 Doblada la costa septentrional de esta isla se avistó por el noroeste otra mucho mayor. Guióse ácia el extremo del sur, donde aparecía una montaña elevadísima, y en medio de ella un pico mas alto, del qual se despeñaban varios torrentes de agua. Era el famoso volcan de la Guadalupe, que así se denominó entonces la isla por respeto al santuario y monasterio de ese nombre en Extremadura. Anduvo el armada costeando mas de dos leguas á la vista de muchas caserías, cuyos habitantes huían asombrados de los navíos. Dado fondo bajaron á reconocer el país algunas cuadrillas. Halláronse freqüentes poblaciones de hasta veinte y treinta bohios fabricados de troncos, varales, ramaje y hojas á modo de pavellon, y puestos á la redonda formando plaza con soportales continuados. Sus utensilios y artefactos daban indicio de bastante industria. Los ovillos y redes de algodón, las camas colgadizas, los arcos y las flechas con agudas puntas de hueso, las vasijas de calabaza y barro, como lo mas perfecto de los haytíes. Mas se echó de ver algun superior artificio en las casas y sus pórticos, en ciertos telares como los de alfom-

bras, y en dos estátuas de palo adornadas con serpientes al pie. En las provisiones de comer mayor abundancia: entre ellas gansos domésticos parecidos á los nuestros, y papagayos de todas especies, particularmente los hermosos guacamayos, de que antes no se tenia conocimiento. Tambien se halló aquí por primera vez la suave y olorosa anona, fruta de las mas regaladas de Indias. Lo mas estraño de quanto digeron haber visto los exploradores fué un tejo de hierro, y el codaste de una nave europea. Fernando Colón sospechó si por falta de discernimiento se calificaría de hierro alguna piedra que se le pareciese en peso y color, como las hay en aquellas islas. Semejante equivocacion pudo haber acerca del codaste. O pudo uno y otro provenir de la villa de la Navidad. Quizá fueron transportados á la Guadalupe fragmentos de la capitana perdida sobre la punta Santa, ó de otro buque destrozado en los mares occidentales freqüentados de españoles y portugueses. En el primer viage de Colón se vió un trozo de mastil de navío ciento y cincuenta leguas al oeste de la isla del Hierro. Los vientos y corrientes que lo condugeron á tal distancia, pudieron conducir esa y otras qualesquiera piezas hasta las Antillas.

34 Pero nada hizo tanta novedad, como el ver

entre las vituallas, cabezas y miembros de hombres recién muertos, sus carnes cociendo juntamente con las de animales, muchos de sus huesos guardados y roídos hasta lo mas duro, los cascós de las cabezas sirviendo para vasijas. Por estos indicios se entendió ser la Guadalupe una de las islas habitadas de los crueles caribes. Su estraña ferocidad los retrajo de los españoles, tanto que ninguno se confió ni aseguró. Observaban de lejos á los nuestros mientras se llegaban á la playa en las barcas: al verlos en tierra, huían precipitados á salvarse en el monte. Algunas mugeres se vinieron de su voluntad como buscando asilo en la flota. A las primeras regaló el almirante cascabeles y sartas de abalorios; y mandó restituirlas á tierra, esperanzado de atraer á los hombres con el cebo del halago y de las bugerías. Mas salió vana la idea. Volvieron despojadas, suplicando por señas que las llevasen. Otras varias con algunos muchachos se acogieron á las quadrillas enviadas á reconocer la isla. De sus expresiones y gestos, y las declaraciones de los indios intérpretes, se coligió que los caribes dominaban muchas islas de aquel archipiélago, y discurrían por todo él en canoas grandes cautivando las gentes mansas, para devorar los hombres y servirse de las mugeres: que á los niños robados, ó habidos en

cautivas, solian castrarlos y comerlos en sus fiestas despues de gordos y crecidos. Y en efecto se hubieron algunos niños castrados. A las inhumanas costumbres de tales bárbaros correspondia la fiereza de su aspecto. Unos pocos de ellos que se prendieron y llevaron á bordo, causaban horror. Aun allí asegurados les temian los demas isleños, de quienes se distinguan no solo en el mal ceño y el mirar turbulento y ayrado, sino tambien en el uso comun á hombres y mugeres, de traer en cada pierna dos vendas de algodón muy ceñidas y apretadas, una al principio y otra al término de la pantorrilla. Este género de adorno, creído entonces propio de las islas Caribes, se halló luego en los indios pacíficos de la Jamayca y otras islas, y despues en muchas naciones del continente, váriamente modificado en brazos y piernas.

35 Omíto varias observaciones sobre objetos naturales, hechas de priesa, con poco saber y menos exactitud. Viéronse muchos rios en corto espacio, el terreno fértil y vicioso con densísimos bosques. En su espesura se perdieron Diego Marque, capitán de una caravela, y seis ú ocho de su tripulación; y anduvieron desatinados hasta dar en la costa, que los guió al surgidero pasados quatro dias. Con motivo de buscarlos se internaron por diversas partes algunas qua-

drillas, la principal de quarenta hombres al mando del capitan Alonso de Ojeda, á quien se encargó investigar de paso las particularidades de la isla. De este examen precipitado mil nociones confusas. Entre infinitas plantas nunca vistas, algunas exhalaban gratos olores, ó picaban al paladar. De ahí el presumir especias, drogas, aromas y perfumes: ideas con que la gente, preocupada del entusiasmo de Colón, halagaba los comunes deseos. Mejores informes se adquirieron acerca del camino para la colonia de la Navidad. Parte de las cautivas libertadas eran naturales de la isla de Boriquén avistada en el primer viage á la salida del golfo de Samaná, y dieron noticia de la situacion de ella y de las demas islas intermedias hasta la Española. Todo conformaba con las acertadas conjeturas por donde se gobernó el almirante en la presente jornada.

36 Levantó las anclas el 10 de Noviembre, y ciñendo la costa occidental de la Guadalupe la via del noroeste, reconoció y denominó las islas de Monserate, santa María la Rotunda, santa María la Antigua, S. Martin, con otras vecinas á que no consta hubiese impuesto nombres. De S. Martin donde se fondeó, variado el rumbo para el oeste quarta al sur á causa de los vientos, pasó á la isla que decimos de

santa Cruz. Convidado del buen parecer del país y de las muestras de mucha poblacion, mandó á tierra una barca con treinta armados. A su vista huyen azorados los naturales, desamparando sus casas: solas quatro ó seis mugeres con dos ó tres niños esperan sin recelo en ademan de pedir socorro. Al volver con estas personas, creídas cautivas de caribes, divisan los nuestros una canoa con quatro hombres y dos mugeres, que se detiene á cierta distancia de las naves. Permaneció inmobil bastante tiempo, embebidos los indios en la contemplacion de tan estraña novedad, hasta que advirtieron junto á sí nuestra barca. Trabajan por huír: mas viéndose acosados, revuelven sobre sus enemigos, y empiezan á jugar sus arcos con increíble arrojó. Por presto que los españoles se escudaron con las adargas y tablachinas, no pudieron evitar algunos flechazos; y fuera mayor su daño, á no embestir de pronto y trastornar la canoa. Todavía los temerarios isleños amenazan nadando con sus arcos, y ganado un bajo defienden animosamente su libertad. Tomados á viva fuerza, y conducidos á la capitana, parecian fieras atadas: el semblante torvo, y afeado con tiznes al rededor de los ojos: el cabello trasquilado á cruces desigualmente y sin orden. Las mugeres, no menos que los hombres, se juzgaron

acreedoras al nombre de caribe, que se interpreta valiente y osado. Merecía lo ciertamente una que se prendió aquí, por la intrepidez que mostró despidiendo saetas con tal fuerza y destreza, que con una atravesó un escudo, y con otra acertó á uno de los nuestros que murió pocos dias despues. En esta ocasion, segun escribe Pedro Martir, se observó la yerba ó confeccion venenosa con que diversas naciones bárbaras inficionaban las puntas de las flechas.

37 Vuelto el almirante á su ruta descubre por el norte un espeso grupo de isletas poco distantes entre sí. Hízolas reconocer en parte con buques ligeros, y se contaron de paso al pie de cincuenta, muy diferentes en el tamaño y parecer. A la mayor se llamó santa Úrsola, y al resto las once mil Vírgenes. De la llanura y frondosidad de unas, de lo seco y montuoso de otras, de los varios colores de las peñas y cerros pelados, se formaban conceptos ventajosos, prometiéndose ya terrenos muy fértiles, ya metales y piedras preciosas. Quedó este examen reservado para otro tiempo, porque instaba el socorro de los españoles dejados en la Navidad, ni convenia entrar ó detener la flota en angostos mares. Siguiendo al oeste pareció luego la grande isla Boriquén, patria de casi todos los cautivos libertados del poder de caribes. El

almirante la honró con el nombre de S. Juan Bautista: costeóla por el lado meridional extendido leste oeste cosa de quarenta leguas, y surgió al de poniente en una cala muy abundante de pesca. En dos dias que permaneció allí el armada, no se dejó ver gente alguna. Habia en la playa un pueblecillo de doce bohios regulares puestos á la redonda, con otro muy notable por su artificio y magnitud. Desde la plaza hasta el mar corria un camino espacioso á manera de vergel cubierto y aparrado, con laderas de cañas cruzadas, subiendo y enmarañándose muy graciosas verduras y enredaderas. Al fin de la vistosa calle se levantaba un mirador ó palco capaz de diez á doce personas. Presumióse si sería casa de campo para la recreacion de algun señor en ciertas estaciones. Los indios intérpretes pintaban la isla fertil, bien poblada y cultivada: sus habitantes pacíficos bajo la obediencia de un solo rey, contentos con el suelo patrio, de donde jamas salian á inquietar á nadie; pero flecheros bravos y aguerridos por las continuas incursiones de los caribes; á quienes tenian mortal odio, tanto que si podian haber alguno á las manos, le despedazaban y devoraban de pura rabia, bien que detestasen la costumbre de comer carne humana. Dos dias persistió allí el armada sin parecer gente por nin-